

Mientras la berlina rodaba a lo largo del camino, aproveché para observar furtivamente a mi compañero de viaje, y descubrí en él muchos aspectos de interés para una jovencita de diecisiete años. Mi tío era un hombre atractivo, con todo el refinamiento que da la vida en el extranjero fresco aún en él; y sin embargo, no fue ni su apostura ni su elegante serenidad lo que más me atrajo, pues incluso mi ojo inexperto vislumbró algo severo y sombrío tras de esos encantos, y mi largo escrutinio me mostró los ojos más agudos, la boca más dura y la sonrisa más sutil que haya visto: un rostro que en reposo mostraba la apariencia de quienes han llevado una vida disoluta, y comprendido el vacío de su existencia. Parecía absorbido por alguna reflexión que lo tiranizaba, y durante un tiempo ésta lo hizo olvidar mi presencia, permaneciendo inmóvil con los brazos cruzados, la mirada fija y los labios inquietos. Mientras lo estudiaba atentamente, en mi mente bullían los pensamientos más profundos que jamás había tenido; pues en ese momento, rememoraba palabra por palabra un párrafo de aquella carta leída a medias:

«A sus dieciocho años, Sybil está lista para casarse con su primo, según el pacto alcanzado entre mi hermano y yo, cuando ambos estaban en su infancia. Mi hijo se encuentra conmigo ahora, y me gustaría que ellos estuvieran juntos durante los próximos meses; por consiguiente, mi sobrina deberá dejarla antes de lo que en un principio yo pretendía. Hágame el favor de prepararla para una separación inmediata y definitiva, pero deje para mí todas las revelaciones,

pues prefiero que la niña permanezca, por el momento, ignorante de la cuestión.»

Aquello me disgustó. ¿Por qué debía permanecer yo en la ignorancia en un asunto tan importante? Entonces sonreí para mis adentros, recordando que yo lo conocía, gracias a la intencionada curiosidad que me impulsó a echar una ojeada furtiva a la carta que *madame* Bernard había estudiado minuciosamente con un rostro tan ansioso. Sólo vi un párrafo, pero mi propio nombre allí escrito llamó mi atención; y, aun ansiando leerla de cabo a rabo, tenía apenas tiempo para devolver el papel al ridículo¹ que la vieja alma olvidadiza había dejado colgado del brazo de su butaca. Fue suficiente, sin embargo, para poner mi cerebro juvenil en un estado de agitación, y para que permaneciese observando melancólicamente a mi tío, consciente de que mi futuro estaba entonces en sus manos; pues yo era huérfana y él mi tutor, aunque lo había visto muy pocas veces desde que fuera confiada a *madame*, siendo una niña de apenas seis años. En ese momento mi tío se percató de mi mirada, fija sobre él, y, durante unos instantes, me devolvió otra igualmente firme; al cabo, en voz baja y suave, que concordaba mal con la sonrisa satírica que torció sus labios, dijo:

—Me temo que resulto un aburrido compañero para mi joven sobrina. ¿Qué entretenimiento podría proporcionarte yo, más agradable que dejar que cuentes mis arrugas o trates de adivinar mis pensamientos?

Yo era una criatura franca y valiente, rápida a la hora de sentir, hablar y actuar, así que le respondí al punto:

—Hábleme de mi primo Guy. ¿Es tan guapo, valiente e inteligente como *madame* asegura que era su padre de muchacho?

1. Bolso de mano utilizado por las mujeres, para llevar el pañuelo y otros pequeños objetos. (Todas las notas son del traductor).

Mi tío dejó escapar una seca carcajada no exenta de desprecio, aunque si era por *madame*, por él mismo o por mí, no pude determinarlo, pues su rostro era difícil de leer.

—Una pregunta típicamente infantil, aunque hábilmente planteada; sin embargo no voy a contestarla, dejaré por el contrario que juzgues tú misma.

—Pero, señor, eso me divertirá y me distraerá durante el camino. Me siento un poco extraña y triste por dejar a *madame*, y hablar de mi nuevo hogar y mis nuevos amigos me ayudará a conocerlos, y podré empezar a quererlos enseguida. Por favor, hábleme de ellos, pues he seguido mi propio camino durante toda mi vida, y no puedo soportar que me lleven la contraria.

Mi petulancia parecía divertirlo, y me di cuenta de que me estaba sometiendo a un escrutinio tan agudo como lo había sido el mío; mas yo lo soporté con una sonrisa, pues mi vanidad se vio satisfecha por la aprobación que el brillo de sus ojos atestiguaba. El evidente interés que mostró a partir de entonces, por cuanto yo decía y hacía, era adulación suficiente para una jovencita, consciente de sus encantos, que deseaba poner a prueba su poder.

—También yo he seguido mi propio camino durante toda mi vida; y como mi vida es el doble de larga que la tuya, mi voluntad puede también el doble, y de nuevo te digo que no. ¿Qué tienes que decir ahora, *mademoiselle*?

Se mostraba más suave y conciliador que antes al hablar, pero yo me sentía ofendida, y decidí tratar de persuadirlo, ansiosa por ganar mi punto, no fuera que una sumisión prematura echara a perder mi libertad en el futuro.

—Pero eso es muy poco galante por su parte, tío, y aún tengo la esperanza de obtener una respuesta amable, porque es usted demasiado generoso para negarle un favor tan pequeño a su sobrina, y porque ella puede ser encantadoramente persuasiva cuando se lo propone. ¿No va a respon-

der que sí ahora, tío? —y, satisfecha con la audacia de mi ocurrencia, pasé mi brazo alrededor de su cuello, lo besé con delicadeza y me senté sobre sus rodillas con absoluta naturalidad.

Mi tío me miró en silencio por un instante, y al cabo, sosteniéndome con deliberada firmeza, me devolvió el ósculo en los labios, en las mejillas y en la frente; con tanta calidez lo hizo, que sentí arrebolarse mis mejillas, y luché por zafarme de sus brazos, mientras él lo celebraba con esa risa suya sin alegría, hasta que mi vergüenza devino en ira, e imperiosamente le ordené que me soltara.

—Aún no, señorita. Viniste aquí por propio gusto, pero te quedarás para satisfacer el mío hasta que te dome como es debido, porque es evidente que estás necesitada de ello. Es un proceso corto conmigo, y poseo amplia experiencia en estas lides; pues Guy, aunque por naturaleza es tan salvaje como un halcón, ha aprendido a venir a mi llamada tan mansamente como una paloma. ¡Chist! ¡Qué pequeña rabieta es ésa!

Yo estaba furiosa entonces; y exasperada por su frialdad y fuera de mí, me había inclinado de repente para morder la mano blanca y robusta que retenía las mías. Mejor habría hecho sometiéndome; pues inocente como fue mi estúpida acción, tuvo enorme influencia en mi existencia posterior —mayor de hecho que ninguna otra en toda mi vida—. Mi tío dejó de reír, y su mano oprimió su presa; por un momento sus fríos ojos relampaguearon, y un rictus sombrío se dibujó alrededor de la boca, dando a todo su rostro una expresión despiadada que lo alteró por completo. Me sentía totalmente impotente; todas mis artes y pequeñas mañas habían fracasado, y por primera vez me vi dominada. Mas sólo físicamente, pues mi espíritu era rebelde aún. Él lo leyó en la mirada que se trabó con la suya, mientras yo me sentaba muy erguida y pálida, con algo más que un simple berrin-

che infantil. Creo que eso lo satisfizo, pues tan rápidamente como se había formado, el semblante sombrío desapareció; y en voz baja, como si fuéramos viejos amigos, comenzó a relatar ciertas aventuras emocionantes que había vivido en el extranjero, prestando a la pintoresca narración el encanto de una voz peculiarmente melodiosa que muy a mi pesar me tranquilizó y me ganó, manteniéndome atenta hasta que olvidé lo acontecido; y cuando dejó de hablar, me di cuenta de que me apoyaba confiadamente en su hombro, pidiéndole más, consciente no obstante de la suspicacia instintiva de aquel hombre a quien tan pronto había aprendido a temer, aunque figuradamente aún.

Cuando recuperé la compostura, me esforcé por separarme de mi tío; pero él me retuvo de nuevo, y, con una curiosa expresión, me enseñó una caja de tan extravagante factura, que no pude por menos de gritar de admiración; de su interior extrajo dos cigarrillos: una curiosa labor de tabaco con un ligero y exótico aroma oriental; los encendió de seguido, me ofreció uno y, tras bajar la ventanilla, se recostó en el asiento y me estudió con una expresión de extrema diversión, mientras yo me acomodaba resoplando dócilmente, y preguntándome en qué clase de broma desempeñaría un papel protagonista a continuación. Poco a poco, el poder narcótico de la hierba consumida se difundió como una agradable bruma sobre todos mis sentidos; el sueño, agradecido, lastró pesadamente mis párpados, y la última imagen que recuerdo fue la del difuso rostro de mi tío contemplándome a través de una nube de fragante humo. El crepúsculo nos envolvía en sus sombras cuando desperté al fin, con el viento nocturno soplando en mi frente, el rumor amortiguado de las ruedas al girar resonando en mis oídos, y mi mejilla pegada al brazo de mi tío, recostada como estaba sobre él. Canturreaba una cancioncilla francesa sobre «¡el amor y el vino, y el Sena mañana!»; escuché atentamente hasta coger-

le el aire a la tonada, y entonces me uní a él, mezclando mi atiplado tono juvenil con el suyo, aflautado de tenor. Se detuvo de pronto, y, en el tono fríamente cortés que siempre había empleado en nuestras —pocas— entrevistas previas, me preguntó si estaba lista para las luces y el hogar.

—¿Ya hemos llegado? —grité; y mirando hacia fuera, vi que ascendíamos por una avenida arbolada que se extendía hasta un conjunto de edificios, destacando altos y oscuros contra el cielo, y el sol destellando aquí y allá a largo de sus fachadas grises.

—¡Por fin en casa, gracias a Dios! —y tras saltar a tierra con la agilidad de un hombre joven, mi tío me condujo a través de una terraza hasta una larga galería, cálida y luminosa, perfumada con el aliento de las flores abiertas a cada lado, dispuestas en elegantes conjuntos.

Una obsequiosa doncella de mediana edad me recibió y me llevó a mi habitación; un lugar muy coqueto, que hizo que mi asombro aumentara, pues me dijeron que mi tío en persona había escogido toda la decoración y supervisado su arreglo.

«Se nota que entiende a las mujeres», pensé, manipulando los adornos del tocador, probando las lujosas sillas y la otomana, y deslizando los pies en las babuchas turcas blancas y escarlata, para retorcer voluptuosamente sus puntas delante del fuego. Dedicué unos cuantos minutos a este examen, y, tras expresar mi satisfacción, mi doncella me urgió amablemente a que me vistiera, pues «el amo» no consentía que se esperase a nadie para la cena. Esto me recordó al punto el hecho de que yo, sin duda, conocería a mi futuro esposo en el curso de esa comida, y en eso cada una de mis facultades se orientó en exclusiva a lograr un perfecto acicalamiento para aquel primer encuentro. La doncella poseía habilidad y gusto, y yo un vestidor recientemente enriquecido con regalos parisinos de mi tío, que estaba ansiosa de mostrar en su honor.

Cuando estuve lista, me contemplé en el espejo de cuerpo entero, examinándome como nunca antes lo había hecho, y descubrí allí una figura menuda y delgada, aunque no exenta de majestuosidad, llevando un vestido a la moda extranjera, adornado con lazos y cintas de encaje colorados, que resaltaban la blancura del cuello y los brazos; con el abundante cabello blondo y ondulado, recogido en la nuca en un anticuado moño con una cinta roja, y enmarcando un rostro en flor de ojos oscuros, radiante en el cénit de la vanidad, el entusiasmo y la esperanza juveniles.

—¡Me veo preciosa, estoy encantada!

—También yo lo estoy, Sybil.

De forma inconsciente y en voz alta, me había lisonjeado a mí misma, respondiéndome un *eco* desde el umbral donde se hallaba plantado mi tío, impecablemente vestido y con un aspecto más atractivo y frío que nunca. La desagradable sonrisa que revoloteaba sobre sus labios me sobresaltó; de la sorpresa pasé a la vergüenza, hasta que, acompañándose de gestos, añadió en su estilo más cortés:

—Estabas tan absorta en la contemplación de tu encantadora persona, que Janet respondió a mi golpecito y se marchó sin ser oída. Tú eres la dueña de mi mesa ahora: ¿querrás bajar?

Tras un último toque a este rebelde cabello mío, una última mirada integral y un estremecimiento, tomé el brazo que me ofrecía mi tío y descendimos entre crujidos la ancha escalera, sintiendo que el romance de mi vida estaba a punto de comenzar. Aunque tres servicios estaban dispuestos sobre la mesa, y tres sillas colocadas ante ellos, sólo dos fueron ocupadas, pues Guy no apareció. No hice preguntas ni mostré sorpresa, traté por el contrario de tragar mi disgusto con mi cena y me esforcé en agradar a mi tío, haciéndole creer que me había olvidado de mi primo. Fracasé estrepitosamente, sin embargo, pues ese asiento vacío ejercía una

irresistible fascinación sobre mí, y más de una vez, al regresar mis ojos del furtivo escrutinio de la servilleta, el plato y el trío de vacíos vidrios coloreados, se encontraron con los de mi tío y sucumbieron ante su penetrante mirada. Cuando me levanté, encantada de dejarlo a solas con su vino —pues no me pidió que me quedara—, él también se levantó, y, mientras sostenía para mí la hoja de la puerta, me dijo:

—Me pediste que te describiera a tu primo: ya has conocido un rasgo de su carácter esta noche; ¿te agrada acaso?

Sabía que él estaba tan molesto como yo por la ausencia de Guy; así pues, usando sus propias palabras, le respondí con descaro:

—Sí; porque prefiero ver al halcón libre que acudiendo mansamente a su llamada, tío.

Mi tío frunció el ceño ligeramente, dando a entender que no estaba acostumbrado a semejante libertad de expresión; sin embargo, se inclinó cortésmente cuando le dediqué una pequeña aunque majestuosa reverencia, y me encaminé hacia la salita, preguntándome si estaría tan enojado conmigo como yo lo estaba con mi primo. En una suerte de solitaria grandeza, me entretuve recorriendo el conjunto de magníficas habitaciones que, de ahí en adelante, constituirían mi reino; me contemplé en los grandes espejos, como todas las mujeres suelen hacer cuando están solas y vestidas; baillé sobre las mullidas alfombras; acaricié el teclado del gran piano; olí las flores, y acaricié los ornamentos en la mesa y los estantes; y fue precisamente al empapar mi pañuelo una segunda vez, con una refrescante esencia de un frasco de filigrana que me había cautivado, cuando oí, sucesivamente, que la puerta principal se abría de par en par, que unos pasos se apresuraban escaleras arriba, que unas botas taconeaban en el piso superior, y lo que parecían cajones abriéndose y cerrándose con violencia; una voz audaz y jovial arrancó a cantar una canción de caza, en un tono tan parecido al de mi tío, que involuntariamente volé hacia la puerta gritando:

—¡Ha venido Guy!

Afortunadamente para mi dignidad, nadie me oyó, y de una carrera me dispuse a sentarme en un sillón fingiendo leer, lista para adoptar una pose decorosa tras el preceptivo aviso de «¡un minuto!»; fui consciente, entretanto, de la nueva influencia que de pronto pareció bendecir la silenciosa casona, añadiendo el encanto que tanto necesitaba: el de la alegre camaradería.

«¿Cómo me reconocerá él? Y ¿cómo lo reconoceré yo?», pensé, alzando la vista hacia el muchacho de rostro brillante, cuyo retrato me devolvía la mirada con una alegre luz en los ojos pintados y un rastro de la sonrisa desdeñosa de su padre en las curvas de los firmes labios. Al poco, los rápidos pasos repiquetearon de nuevo al otro lado de la puerta, de camino hacia el comedor situado enfrente, y mientras permanecía a la escucha con un pálpito extraño en mi corazón, oí una voz joven e imperiosa decir rápidamente:

—Le pido disculpas, señor, pero me he visto inevitablemente retenido. ¿Ha venido ella? ¿Resulta al menos soportable?

—Yo al menos así la encuentro. La cena ha terminado, y no puedo ofrecerte más que una copa de vino.

La voz de mi tío sonaba gélidamente cortés, contrastando de forma curiosa con la otra, tan impetuosa y franca, como si su dueño estuviese acostumbrado a mandar o a ganar a todos menos a uno.

—¡Qué me importa la cena! Me alegro de haberme librado de ella; así que beberé a su salud, padre, y entonces inspeccionaré nuestro nuevo ornamento.

—¡Lechuguino insolente! —murmuré; sin embargo, al mismo tiempo resolví hacer honor a su apelativo, e inmediatamente me recompuse con la mayor eficacia posible, riéndome de mi locura mientras lo hacía. Comoquiera que poseía unos bonitos pies, una pequeña pantufla aparecía con

toda naturalidad bajo el último volante de mi vestido; un brazalete relucía en mi brazo como surgiendo de entre los lazos y nudos de encaje encarnado, y ese brazo soportaba mi cabeza. Estando mi perfil bien cortado, y siendo mis pestañas largas y espesas, fingía leer orientando hacia la puerta la mitad del rostro. La luz llegaba desde lo alto, convirtiendo mi cabello en una cascada dorada; de modo que alisé mis rizos, volví a atarme la redecilla y, tras una nueva inspección, adopté la postura y el aspecto de quien permanece absorto, y con el pulso acelerado aguardé la llegada de los caballeros.

No se hicieron esperar. Me percaté de que ambos se detenían ante el umbral, pero no hicieron movimiento alguno hasta que el más joven dejó escapar un incontenible: «¡Tiene usted razón, señor!». Entonces me levanté, dispuesta a castigarlo con el saludo más frío..., pero no lo hice. Casi había esperado encontrarme con el rostro y la figura juveniles del cuadro; por el contrario, me hallé ante un hombre alto y apuesto. Un bigote oscuro ocultaba parcialmente la orgullosa boca; los ojos vivaces eran tan agudos como los de su padre, aunque infinitamente más amables; y la frescura de una juventud inmaculada le prestaba un encanto que el maduro caballero había perdido para siempre. La expresión de agradable sorpresa de Guy fue tan halagadoramente franca, su sonrisa tan cordial, y su «¡bienvenida, prima!» sonó en mis oídos de forma tan sincera, que mi frialdad se fundió en una exhalación, mi dignidad fue del todo olvidada, y antes de que pudiera contenerme, había ofrecido las dos manos con esta impulsiva exclamación:

—¡Primo Guy, sé que voy a ser muy feliz aquí! Dime, ¿estás contento de que haya venido?

—Tan contento como lo estoy de ver el sol después de una neblinosa mañana de noviembre.

E, inclinando su alta cabeza, me besó la mano según la

elegante moda extranjera que había aprendido en el curso de sus viajes. Me complació grandemente, pues aquel gesto se me antojó cariñoso y respetuoso al mismo tiempo. No pude por menos de compararlo con los modales de mi tío, y mientras lo hacía, lo lanceé con una significativa mirada. Él se percató de ello, pero se limitó a asentir con esa expresión sardónica que yo tanto odiaba, luego sacudió su periódico y empezó a ojearlo. Me senté de nuevo, esta vez con absoluta despreocupación sobre mi aspecto, y Guy permaneció de pie sobre la alfombra, estudiándome con una expresión de pasmo que más bien irritó mi orgullo.

«Es sólo un muchacho después de todo; así que no tengo por qué sentirme intimidada por su altura o sus aires de grandeza. Me pregunto si sabe que voy a ser su esposa, y en ese caso, si está complacido con ello.»

Este pensamiento pintó mi frente de arrebol e hizo que mis párpados se entornasen, y a pesar de mi valiente resolución, permanecí sentada como una niña tímida ante mi atractivo primo. Guy prorrumpió en una risotada infantil y se sentó en el escabel de su padre, y mientras se calentaba las delgadas manos morenas, dijo:

—Te ruego que me perdones, prima Sybil (no vamos a andarnos con formalidades, ¿verdad?). No he visto a una dama en un mes, de ahí que me quede embobado como un patán ante un vestido de seda y un rostro de alta cuna. ¿Vendrán esas personas, señor?

—Si Sybil lo desea..., pregúntale a ella.

—¿Querrás tener aquí un rebaño de gente para hacer tu estancia más feliz, prima, o prefieres acaso nuestro estilo sobrio y tranquilo; simplemente cabalgando, paseando, descansando y disfrutando de la vida, cada uno a su manera? De aquí en adelante, en estas cuestiones se obrará como tú mandes.

—Entonces, es mejor que las cosas sigan como hasta aho-

ra. No me entusiasma la vida social, y los extraños no me harían más feliz, pues adoro la libertad... como tú, según tengo entendido.

—¡Ah, yo no lo hago!

Con un nubarrón ensombreciendo su rostro sonriente, se aplicó a atizar el fuego, como si necesitase una fumarola para aliviar la repentina ráfaga de ira que arrugó su frente y sus cejas negras en un ceño amenazador; lo que causó que su padre lo agarrase por el hombro, cuando Guy se levantaba para abandonar la habitación, con esta poco estimulante petición:

—Trae los portafolios y entretén a tu prima; tengo cartas que escribir, y Sybil está demasiado cansada esta noche para preocuparse por la música y el baile.

Encogiendo el hombro que su padre tocaba, Guy obedeció, mas no sin demorarse en el umbral hasta que mi tío, tras ofrecerme sus disculpas, hubo salido de la habitación; entonces mi primo se reunió conmigo, mostrando el mismo aspecto cordial que advirtiera al principio. Era evidente que alguna desconocida restricción había sido eliminada, apreciando al punto su *yo* natural. Se trataba, por cierto, de un *yo* muy atractivo, cortés, alegre y franco, con un matiz sentimental más profundo de lo que yo pensaba encontrar. Lo observé disimuladamente, y no tardó en poseerme la idea de que él encarnaba cuanto yo más admiraba en ese héroe ideal que toda muchacha crea en su imaginación romántica; pues ya no veía a aquel joven como a mi primo, sino como a mi amante, y en todas nuestras relaciones futuras este pensamiento prevaleció siempre, irradiando un encanto que nunca perdió su poder.

Antes de que la velada decayese, Guy se arrodillaba en la alfombra junto a mí, con su cabeza muy cerca de la mía, mientras volvía una tras otra las láminas contenidas en un gran portafolio abierto en el suelo; nos mirábamos el uno al

otro libremente a la cara, mientras yo escuchaba y él refería —ambos prorrumpiendo en frecuentes ataques de risa— alguna aventura extraña o desgracia cómica acaecida en sus viajes, sugerida por las escenas ilustradas ante nosotros. Guy estuvo encantador; yo, por mi parte, di rienda suelta a mi personalidad más dulce y alegre; y cuando más tarde nos separamos, mi primo se detuvo a observarme mientras yo subía las escaleras, despidiéndome con otro «buenas noches, Sybil», como si mi imagen y el sonido de mi nombre lo agradaran por igual.

* * * *

—¿Es ése tu caballo *Sultán*? —le grité a mi primo desde mi ventana a la mañana siguiente, al verlo regresar por el camino de una galopada mañanera por los páramos circundantes.

—Sí, linda prima; ven y admíralo de cerca —gritó él en respuesta con el sombrero en la mano, y una amplia sonrisa ondeando sobre su rostro.

Bajé enseguida, y, de puntillas en el piso de la terraza, acaricié a la hermosa criatura por encima de la balaustrada mientras Guy, con la vista alzada hacia las cortinas sin descender de su padre, decía:

—Si tu silla de montar hubiese llegado, habríamos dado una vuelta antes de que *milord* estuviese listo para el desayuno. Esta brisa otoñal es el mejor tónico para las muchachas de ciudad.

Anhelaba ir con él, y cuando yo deseaba algo, pronto aparecía el modo de conseguirlo; así, indiferente al hecho de mi cabeza descubierta y a la ligereza de mi vestido de batista, extendí mis manos hacia él, diciendo con arrojo: